

to se concede á la moda se quita de ordinario á la razon; y una escritora apreciable tiene la debilidad de confesar que las mujeres acarician la moda porque les proporciona cada mes una nueva juventud.

En el concepto de esta señora, la moda no es otra cosa que un recurso de la vejez.

O lo que es lo mismo, las jóvenes bellas son cómplices inocentes en las asechanzas que ponen al tiempo, y á los defectos físicos las que no son jóvenes ni bellas.

Las primeras, creyendo favorecerse á sí mismas, favorecen los planes de sus enemigas.

Porque todo el mundo sabe quiénes son las enemigas de la juventud y de la hermosura.

Las segundas, acrecentando hasta donde es posible sus escasos atractivos, disminuyen cuanto es dable los atractivos de sus rivales.

De donde se infiere que la juventud y la belleza deben siempre mirar con prevención la despótica influencia de la moda.

El día en que la moda se circunscribe á las personas que de ella necesitan, está asegurado el imperio de la cordura.

Entonces la belleza se dividirá en dos clases principales: belleza de buena ley y belleza falsificada.

La falsificación de la belleza será á su vez un crimen penado en el código del buen gusto.

La pena que se le imponga será EL RIDÍCULO.

CAPITULO DECIMO QUINTO.

LAS TERTULIAS.

Las tertulias son unos espectáculos gratis, cuya parte principal constituyen las mujeres.

Las tertulias de hombres solos, que, segun la diversidad de casos, se llaman academias, liceos y congresos, no entran para nada en estos APUNTES.

Esas tertulias vienen á ser la degeneracion de la especie.

La primera de que da razon la historia, se remonta al Paraiso.

Aquella tertulia que se celebró á la sombra del árbol de la vida, dió de sí consecuencias que se han perpetuado á través de los siglos y de las edades.

Casi todas las tertulias posteriores han tenido tambien sus consecuencias.

Si la invencion de ese recurso social pudiera atribuirse á un hombre, el amor le hubiese elevado estátuas; y tal vez el amor se hubiera encargado tambien de derribarlas.

Porque las tertulias son el cielo, el purgatorio y el infierno del amor.

No hay dos tertulias que se parezcan absolutamente; pero tampoco hay dos que difieran de una manera esencial.

En las brillantes *recepções*, como ahora se dice, y en la modesta *reunion*, idénticos son los actores y casi idénticas las escenas: varían las decoraciones, los trajes y las horas.

Hubo un tiempo en que para conquistar el cariño de una bella era preciso demostrar apostura en un torneo, manejar con primor todas las armas, y dejar tendidos en la arena tres ó cuatro contendientes.

Es decir, que entónces cada caballero se ganaba *por sus puños* el amor.

Parece mentira, pero hoy existen esos torneos, esas armas y esos contendientes: solamente se ha suprimido la cuestion de *puños*.

A los circos han reemplazado los salones: á las armas de acero, el acero de las lenguas: á las victorias del valor, los triunfos de la galantería y del talento.

Las tertulias vienen á ser una especie de *bolsin* del amor.

En ellas cada cual va á su negocio.

En ellas, como en el bolsin de los efectos públicos, abunda *el papel*.

Este papel suele ser de color de rosa ó verde en los centros de modistas y estudiantes.

Suele ser *papel* mojado cuando se trata de bellezas más altivas.

Suele ser *papel* ridículo cuando lo autoriza una firma que no corre en el comercio del amor.

En todos los casos, semejantes papeles son de muy difícil cotización.

En el bolsin del amor existen, como es natural, los *agios* y los *intereses*.

No faltan jugadores que se afanen por una *prima* y los hay tambien que buscan á quien *endosar* algun documento de giro cuyo valor está en baja.

En una cosa se parecen todos: en su cariño á los *vales* y en su afición á los *títulos*.

Los *billetes* varían mucho de estimacion, segun el Banco que los emite y el portador en quien paran.

Para penetrar con fruto en el bolsin del amor son indispensables mucha suerte y gran conocimiento de la *partida doble*.

De lo contrario, el caudal del corazon se expone á graves quebrantos. Y si una vez se declara en quiebra, difícilmente logra rehabilitarse.

II.
Las tertulias son el cielo, el purgatorio ó el infierno del amor.

Para las almas que se comprenden y se comunican en el misterioso idioma de los ojos, y viven allí la una para la otra, engarzados los pensamientos como lo están los corazones, el salon es un trasunto del Eden: la atmósfera que lo llena embriaga de felicidad: todas las voces parecen simpáticas; todas las conversaciones son agradables, porque ninguna se escucha.

Para el amor desconfiado é intranquilo que vé en todas partes riesgos, que sueña infidelidades, es purgatorio el salon: las horas pasan con lentitud: todas las voces son ruido, todas las conversaciones son indiferentes.

Para el amor celoso ó despreciado que halla en todas partes tormento; que no *sueña*, sino *siente* la realidad de su infortunio, el salon es un infierno: todas las voces son gritería que lo aturde, todas las conversaciones le son insoportables. ¡Cruel sociedad, que obliga á sonreír cuando derrama lágrimas de fuego el corazón!

Para una multitud de madres de familia y de concurrentes *desinteresados*, el salon viene á ser el *limbo*.

Si han de apreciarse debidamente todas las circunstancias y pormenores de los espectáculos grátis que se llaman tertulias, es conveniente pertenecer á los susodichos moradores del *limbo*.

No es esto decir que el escritor deba ser madre de familia: le basta modestamente ser un espectador *desinteresado*; esto es, ser un espectador que *no toma cartas* en el negocio.

Un espectador de esa naturaleza descubre desde luego condiciones y caracteres que son comunes á todas las tertulias; y accidentes particulares, externos, como si dijéramos, que las separan y distinguen.

Procedamos con método.

III.

En todas las tertulias, propiamente tales, hay mujeres.

En todas las tertulias las mujeres se reciben y despiden entre sí con una salva de besos.

Esos besos de mujer tienen mucho que entender;

ó por mejor decir, no tienen nada que entender, porque nada significan; harto sabido es de

todos, sin que lo hubiera dicho un escritor, que dos mujeres pueden estrecharse cordialmente entre sus brazos y aborrecerse en tanto con la más profunda cordialidad.

Una mujer que tiene los ojos fijos en determinada persona, ó que procura con estudio apartarlos siempre de ella, da derecho y ocasión á idéntica conjetura.

Dejamos á la Bruyére la responsabilidad de la observacion precedente.

Como descargamos sobre Alfonso Karr una parte de peso de la observacion que sigue.

Quando unas mujeres hablan de otras en público, debe tenerse en cuenta la propiedad de su vocabulario.

Para ellas una mujer *bien formada* es la negacion de la belleza y quizá de la figura: aplican de ordinario esa denominacion á las marcadas de viruelas ó poco afortunadas en ojos, boca ó cabello.

Una *buena señora* supone edad más que regular, grosura más que mediana, y parálisis de entendimiento ménos que tolerable.

Una *jóven graciosa* es de ordinario una criatura casi microscópica, que se recomienda solamente por su sonrisa ó por su mirada.

Una *señorita muy fina*, suele ser una desgraciada que no saldria á la calle si consultase el espejo imparcialmente.

Una *señora muy amable*: hé aquí una galan-

tería que nadie debe apetecer para su esposa ni para su hermana.

Una *excelente persona*: esta frase asegura Alfonso Karr que no se atreve á traducirla; librenos Dios de acometer empresas que juzga Alfonso Karr insuperables, ó cuando ménos difíciles, ó cuando ménos *inconvenientes*.

IV.

En toda tertulia deben distinguirse dos partes principales: la base, digámoslo así el núcleo; y la sociedad flotante, las capas que van adhiriéndose en el trascurso de las horas y en dias determinados.

La seccion *base* suele murmurar á primera hora de la seccion *flotante*; despues suelen murmurar de consuno ambas secciones.

Tratándose de la murmuracion, existen algunos errores que conviene rectificar.

No hay un elogio más discreto para la mujer á quien se ama, que rebajar el mérito de otras mujeres, máxime si realmente lo tienen.

Esta es una opinion en que están acordes todos; pero esta unanimidad no se opone á que la opinion sea inexacta.

Y lo es en efecto.

La mujer á quien se ama puede ser discreta ó puede no serlo.

En el primer caso, las ofensas inferidas á

las otras mujeres, solamente le probarán que hay hombres capaces de ofender al sexo débil, capaces de enviar á la vanidad por mediadora para lograr sus propósitos. Y quien tiene que excitar una pasión para conseguir un afecto, da muy escasa idea de sus propios merecimientos.

En el segundo caso, si la mujer no es discreta, es inútil el artificio; porque ó no comprenderá la intencion del que murmura, ó creerá de buena fe, como simple verdad histórica, las apreciaciones que escucha.

De todas suertes la complacencia que produzca en una mujer la enumeracion de las faltas que otra tiene, no es un paso de gigante para interesarla en favor de quien las enumerará.

Una pieza de música es agradable, si es buena, aunque proceda de las manos de un jorobado: la armonía del instrumento podrá causar entusiasmo, y repugnancia la figura del que toca el instrumento.

No olviden este símil los que se proponen llegar á la conquista de una belleza sobre las ruinas de otras bellezas ausentes.

Otra observacion. Semejante conducta arguye cobardía; y las mujeres de talento se rien de los cobardes.

Todas las tertulias se parecen entre sí: en el salon aristocrático que deslumbra por su lujo, y en la modesta pieza de confianza que consuela y alegra por su amable sencillez, las mismas intrigas, los mismos recursos, idénticos incidentes.

En todas partes hay mujeres distraidas; en todas partes tiene aplicacion el consejo de un escritor, que dice: "desconfiad de la mujer distraida; es un lince que os observa."

En todas partes hay su cielo, su purgatorio, su infierno, y hasta su limbo.

Las tertulias vienen á ser el gran gimnasio de la galantería.

La galantería se divide en natural y artificial.

La primera no se aprende: la segunda está escrita en los manuales *de urbanidad, el hombre fino al gusto del dia*, etc., etc.

La primera consiste en no hacer ni decir nada inconveniente; la segunda consiste en no tener inconveniente para decir y hacer todo lo que en los susodichos libros diz que se halla escrito.

La galantería de buena ley dice lo que piensa; la galantería artificial piensa lo que dice.

En la primera podrá el hombre exponerse á parecer actor, en la segunda inútilmente quiere el actor aparentar la naturalidad del hombre.

Las mujeres de talento distinguen estos dos géneros de galantería, como distinguen en los bazares el oro fino del dublé, y la esmeralda del vidrio verde.

Sucede con harta frecuencia que las frases de galantería se utilizan para escusar acciones más ó menos aceptables al buen tono; y en este caso la galantería no es ni más ni menos que una impolítica *agradable*, ó como si dijéramos, un pedazo de carbon engarzado en preciosas filigranas.

—“Señora, ¿molesta á V. el olor del tabaco?”— preguntaba en cierta ocasión á una dama de gran porte, cierto compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un buen rasgo de galantería para el vulgo de las gentes.

—“Caballero, ignoro si me molesta, porque nadie ha fumado nunca delante de mí,”

—contestó la madama de gran porte al compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un epigrama capaz de agostar todas las flores mecidas por el viento de la vanidad en los espacios imaginarios de la *pseudo-galantería*.

Entre todas las ciencias *sociales*, la galantería es la ciencia más esencialmente difícil.

VI.

La música y el baile son ordinariamente dos vetas muy principales de la gran mina que se llama *Tertulia*.

Respecto al baile, no tenemos postdata alguna que añadir á lo que expusimos en el capítulo correspondiente.

Respecto á la música, adviértase que, lejos de reputarla *el ménos desagradable de los ruidos*, como cuentan que la reputaba Napoleón, la tenemos por un *ruido* utilísimo en determinadas circunstancias.

Mil veces la música terrestre arrancada al piano por unos dedos de ángel, evita la *música celestial* arrancada á la insipidez por la coquetería.

Mil otras veces en las dulcísimas melodías del instrumento vierte raudales de ternura una alma apasionada; raudales de ternura que van, á través de la multitud, á inundar el corazón del más silencioso de los concurrentes.

¡Felices los que de esta suerte saben y logran comprenderse! ¡Felices los que en el lenguaje arrebatador de la armonía pueden gozar con su *secreto á voces!*

Es observacion constante: una mujer enamorada toca y canta de una manera singular; no es tarea fácil describir en qué consiste esa manera singular; pero el oído ménos práctico

la alcanza; el corazón mas duro percibe su influencia; y es porque, como dice Balzac, el amor será siempre la más grata y conmovedora de todas las melodías.

El sentimiento innato de esta verdad está grabado en el fondo de nuestra alma.

Antiguamente figuraba entre los recursos de la sociedad la inocentada de *las prendas*.

En el azar de *las prendas* solían *prenderse* más de cuatro voluntades. Y ocasiones habia, á juzgar por las historias, en que era el corazón la prenda que se entregaba, y en que á propósito se delinquía por el placer de someterse á la sentencia.

Nuestros venerables antepasados, que eran personas de tantas y tales *prendas*, nos legaron con *las prendas* de sus juegos la manera de desnaturalizar sus inocentes *juegos de prendas*.

VII.

Hay en todas las tertulias un incidente común, que tiene gran importancia; mayor aún que la entrada de un individuo nuevo en tal ó cuál corporación; nos referimos á la entrada de un nuevo concurrente.

Este acto solemne se llama *presentación*.

La *presentación* lleva consigo más ó menos fórmulas, va ó no precedida del anuncio oficial

según los grados á que suba en cada recinto el termómetro del buen tono.

Países hay en Europa en que dos personas que no han sido recíprocamente *presentadas*, se ven un año, y dos y diez, y no llegan ni al umbral siquiera de la amistad.

El bautismo de la amistad no se adquiere allí sino por medio de la *presentación*.

En España casi todas las *presentaciones* son meramente *oficiales*; son el cumplimiento de una ceremonia prescrita en el ritual de la sociedad.

Sucede con mucha frecuencia que el *presentado* suele tener con algun individuo de la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido *presentante*.

En estos casos, las *presentaciones* son una invención semi-diabólica de la astucia contra la vigilancia.

No se necesita poseer un talento extraordinario para advertir desde luego qué *presentaciones* son un giro á la vista de *valor entendido*, y cuáles son *presentaciones* inofensivas, de aquellas que solo pueden producir este resultado: *un conocido más*.

De todas suertes, la *presentación* de un concurrente preocupa á todos en sentido muy diverso.

Hay amantes *felices* que la temen.

Hay corazones *sensibles* que la desean.

¡¡¡Tal es el mundo!!!